

# *Un suflé en el oasis*

Santos Juliá 06/03/2005

LA AUTOCOMPLACENCIA que tanto caracteriza a ciertas élites políticas catalanas, esa propensión a considerar su país como un oasis de paz en medio de un campo de Agramante, se ha venido abajo con el hundimiento del túnel del Carmel y la desafortunada gestión del estropicio por las autoridades de la Generalitat. Fue, primero, la insólita política informativa o, más bien, desinformativa con la que se pretendió tapar el enorme socavón; fue luego la salida de pata de banco del presidente y el torpe intento de recoser el roto invocando la unidad cultural y política de la nación catalana. Y para remate -momentáneo- de todo el asunto, el presidente saca a la mesa el postre máspreciado: un suflé que los catalanes deben dejar reposar, como si la cena no se les hubiera indigestado, o sea, como si aquí no hubiera pasado nada.

Pero sí ha pasado, vaya si ha pasado: en menudo embrollo ha metido a la política catalana el presidente de la Generalitat con su denuncia de ese 3% que, presuntamente, el partido gobernante en Cataluña habría percibido durante años de los contratistas de obra pública. No resulta fácil de entender el motivo que haya podido impulsar al actual presidente a formular semejante denuncia en el calor de un debate parlamentario. Pero, fuera cual fuese, ha logrado su propósito: nadie duda, a estas alturas de la película, que la boca de Maragall habló desde la abundancia del corazón y que la historia del 3% ha adquirido el rango de certeza incontrovertible.

Siendo así las cosas, qué aburrido resulta escuchar otra vez la historia de la nación en calma, sólo turbada por el maleficio de Madrid; qué fatiga andar arriba y abajo con la ocurrencia de Gaziél, que vio un oasis tras su larga travesía por el desierto, como si no hubiera merecido Barcelona el nombre hermoso de "rosa de fuego", de fuego real, de pistoleros a sueldo; como si en la República no hubiera ocupado el primer puesto durante años en el ranking de conflictos sociales; como si allí la Guerra Civil hubiera sido guerra contra un invasor, y no lucha de clases por las armas, reduplicada por una guerra sin cuartel entre comunistas y anarquistas con el añadido de poumistas. Ni Cataluña ha sido

nunca un oasis ni esa permanente invocación a una identidad catalana por encima de divisiones sociales y políticas funciona allí de manera distinta a como lo hace en todas partes: como sacrosanta y, por tanto, intocable tapadera de intereses partidistas y clientelares.

Y eso es precisamente lo que ha puesto de manifiesto no ya la escandalosa dirección de la obra pública del túnel, ni los burdos intentos de desviar la atención: desgracias semejantes pueden ocurrir en las mejores familias, y no es precisa una específica identidad nacional para provocarlas, aunque las identidades colectivas que reabsorben responsabilidades individuales facilitan notoriamente toda clase de abusos. Pero eso poco importa ya para el futuro. Lo verdaderamente perverso de todo el embrollo es que la tierra que ahora se le quiere echar encima se acarrea desde los santos lugares en que se construye la unidad nacional: dejamos de hablar del 3% en nombre de la unidad de la patria. Si París bien vale una misa, la nación catalana bien vale un buñuelo.

Y así, después de la ritual invocación al oasis y a la paz perpetua sólo por agentes externos quebrantada, nada más apañado que iniciar el proceso de reconstrucción dejando reposar el suflé catalán al mismo tiempo que se denuncian signos de involución en la política autonómica del Gobierno llamado de Madrid. Consigna estupenda: regresemos al oasis porque de Madrid llega una ola polar. El presidente Maragall no pierde el tiempo: mientras embadurna de vaselina la política de su tierra, da una vuelta de tuerca al tradicional victimismo que tanto ha alimentado la retórica nacional-catalana durante los últimos años. Que no haya podido identificar otra posible vía para salir del laberinto en el que él solito se ha metido lo explica todo, por más que donde los madrileños dicen chapuza, los catalanes digan suflé.

Pues qué bien. Cuando el suflé haya reposado y haya soltado todo el aire que lleva dentro, la montaña habrá parido un ratón. Lo malo es que lleva por nombre Carmel y resulta muy difícil de tragar, no porque sea ratón, que muchos sapos hemos tragado ya en lo que llevamos de democracia, sino porque se trata de la montaña en que ha quedado enterrado un oasis donde florecía frondoso el árbol del 3%.

# *Barra libre*

**Santos Juliá** 24/07/2005

SI SE ATIENDE a lo que dicen las encuestas, la mayoría de la gente está satisfecha con el grado de autonomía de que disponen sus respectivas comunidades autónomas, y pocos son los partidarios de rebajarlo o renunciar a él. Al mismo tiempo, pocos son también los que muestran un interés prioritario en la reforma de sus estatutos. Nunca, entre las inquietudes de los ciudadanos, la reforma del estatuto sube hasta las primeras posiciones, que siguen ocupadas, lógicamente, por el paro, la inmigración, la seguridad, el coste de la vivienda y cosas así de prosaicas.

Esta ausencia de inquietud en la mayoría de la población no encuentra su correlato entre la clase política, para la que se ha convertido en preocupación suprema y casi exclusiva: algo más de año y medio de intenso debate -y lo que queda- para la reforma de un estatuto, que ha contado con muy cualificados equipos técnicos, es mucho tiempo, demasiado. Más aún, es tanto tiempo que ha permitido la afloración de todas las tensiones posibles. De manera que el consenso ciudadano en considerar la reforma de los estatutos como un asunto de interés muy relativo se convierte, al pasar a sus representantes políticos, en un sinvivir que los divide: no hay en estos momentos mayor motivo de división y encono entre los partidos políticos que el futuro de los estatutos o, para ser más exactos, que el futuro del estatuto de autonomía de Cataluña, del que penden todos los demás.

¿Por qué así? Posiblemente por haber partido de una falsa expectativa: que el Congreso -también conocido como Madrid- aprobaría sin cambiar una coma lo que llegara del Parlament, o sea, de Cataluña, con tal de que viniera sostenido por la mayoría de dos tercios de sus diputados. Y este compromiso, anunciado desde Madrid, era, como nos acaba de ilustrar desde Barcelona Artur Mas, "una promesa en el sentido de que había barra libre". En efecto, si hay barra libre y si un partido puede constituirse en minoría de bloqueo, la técnica de elaboración del estatuto será con toda seguridad la de una puja hacia arriba que acaba por diseminar toda clase de agravios.

Por eso, en un sistema de partidos en el que todos se sienten obligados a

demostrar a sus electores un grado de nacionalismo superior al del vecino, anunciar que la fiesta ha comenzado y que cada cual puede servirse todas las copas que quiera es una temeridad. El poder llama al poder; el poder es, en realidad, la fuerza más expansiva que se conoce: si uno comienza a disfrutarlo pensando que el horizonte es ilimitado, acabará por exigirlo entero; antes, por una mezcla de fuerza y de fortuna; ahora, unos lo reclaman en nombre de la nación, otros en nombre del pueblo.

El mismo Artur Mas, que apuesta por mantener abierta la barra hasta el amanecer, lo ha recalcado con total ingenuidad: el hecho de definirnos como nación tiene consecuencias, ha dicho. Por supuesto que las tiene. La principal es "la financiación diferenciada y negociación bilateral con el Estado". No se podría decir más claro ni más por derecho: disfruta de una financiación diferenciada y negocia bilateralmente con el Estado aquel que también es Estado o se encuentra en trance de serlo.

Y así, si el poder quiere poder, la nación quiere Estado, como ya decía hace más de un siglo Enric Prat de la Ribera y como dice hoy Alfonso Guerra: se trata de querencias que identifican seres: si eres poder, quieres más poder; si eres nación, quieres ser Estado. Y llegados a este punto, la división no atraviesa ya única ni principalmente al sistema de partidos catalán, al tripartito y a su doble oposición, sino que afecta directamente al español, y por partida también doble: al Gobierno con la oposición y a las distintas voces que comienzan a surgir en el partido del Gobierno.

De manera que una cuestión sobre la que existe un consenso bastante amplio y generalizado entre la ciudadanía se ha convertido en la más aguda causa de disenso entre los partidos políticos. Y mientras la barra sigue abierta, el mundo gira, la globalización sigue haciendo de las suyas, el terrorismo islamista no para, las mafias se multiplican, la vivienda se va por las nubes y los subsaharianos siguen muriendo en aguas del Estrecho. Sí, cierto, no hay que ser agoreros y tal vez fuera mejor guardar silencio, como nos recomienda el Gobierno; pero aquí somos muy capaces de romper un sistema de equilibrios, que en su día costó no pocos esfuerzos, sin saber qué vamos a poner en su lugar.

# *Emociones catalanas*

**Santos Juliá** 09/10/2005

NO FUE UNA CESIÓN; fue un logro. La autonomía de las nacionalidades y regiones -expresado con esos términos en multitud de declaraciones de partidos y organismos unitarios- constituyó una de las exigencias irrenunciables de la oposición y fue celebrada como una conquista cuando apareció ratificada en el texto constitucional. Es cierto que su incorporación a la Constitución a punto estuvo de romper el consenso y que los obstáculos con que tropezó en el camino sólo se salvaron a cambio de reafirmar enfática y reduplicativamente la "indisoluble unidad de la nación española". Pero todo eso se dio por bueno con tal de ver consagrado, en los mismos términos en que había sido reclamado, el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones.

Precisamente porque fue una conquista y no una dejación es por lo que, a partir de su reconocimiento, las nacionalidades han podido construir nación desde instituciones de Estado: parlamentos, gobiernos, presupuestos, competencias, medios de comunicación, escuelas públicas: todo eso es Estado y todo eso se ha puesto al servicio de una tarea de nacionalización a la que se han dedicado recursos y energías sin cuento. El resultado está a la vista: Cataluña, que ha sido siempre la primera en reclamar autonomía, ha sido la adelantada en este proceso, proclamando por una abrumadora mayoría de diputados, desde una institución del Estado, con todo el mundo puesto en pie y cantando emocionados un himno a la patria, su identidad como nación.

Éste es un hecho político formidable: Cataluña se dice nación y tiende una mano fraternal o anuncia una exigencia... ¿a quién? En efecto, ¿en relación a qué o a quién afirma el Parlament la identidad de Cataluña como nación? Tal es uno de los problemas que suscita el acto del 30 de septiembre. Porque si los reunidos son casi unánimes al nombrarse a sí mismos, no saben cómo nombrar ante quién se afirman y con quién van a tratar. Pues, contra lo que es habitual en este tipo de actos, la afirmación de nación no viene acompañada de una proclamación de independencia. Es otra cosa, Cataluña se afirma nación con el propósito de modificar su relación con alguien a quien no sabe cómo nombrar.

No lo sabe porque todas las palabras llegan tan manoseadas que apenas

sirven para entendernos. Los catalanes han hablado de las Españas, de España plural, de España nación de naciones, de España de los pueblos, de España federal, de España en red, de España supranación -idea que tanto gustaba a Bosch-Gimpera, que veía a España como "supernacionalidad en la que caben todas las nacionalidades"-, pero también de Estado español, de Estado plurinacional. Tanta abundancia de voces y sintagmas para designar al otro indica que la secular cuestión catalano / española es ardua de comprender y, a no ser por medio de metáforas y anfibología, difícil de tratar. Sólo Carod-Rovira lo tiene claro: cada nación un Estado: España el suyo, Cataluña el propio.

Pero esa no es la posición mayoritaria. No lo es política ni, por ahora, sentimentalmente. De la mayoría de los discursos pronunciados se deriva otra impresión: Cataluña, nos dicen, aspira a un lugar propio en el conjunto de un Estado plurinacional. ¿Cuánto de plurinacional? De momento, naciones son también Galicia y Euskadi. ¿Nadie más? Sí, nos informaba Maragall en un artículo reciente: Andalucía estuvo en un tris de serlo. Y, "vamos a ver, ¿qué ocurre con las antiguas coronas o partes de la Corona de Aragón que comparten con Catalunya las cuatro barras en su bandera?", se preguntaba en el mismo artículo. Pues que son serias candidatas a la nacionalidad histórica. Y, en efecto, si Arán es una "realidad nacional", ¿por qué no habrían de serlo Valencia y Las Islas, cuatribarradas, como Aragón? Todo, en este mundo de las naciones, es cuestión de voluntad y de saber contar una historia.

Con tantas realidades nacionales, Estado plurinacional no podrá ser otra cosa que Estado confederal. Más vale llamarlo por su nombre, plantearlo de frente y abandonar la confusa fraseología que nos inunda desde las emociones catalanas. Lo que pasa es que como en Madrid hay una oposición intratable y un Gobierno que abre ventanas con la misma diligencia que cierra la boca, pareció más confortable ir de las orillas del mar al centro de la meseta, por ver si entretanto las aguas se encalmaban: estupenda fórmula para que la larga ceremonia de la confusión culminada en la apoteosis del 30 de septiembre encuentre su prolongación en el abrazo de todas las Españas por fin realizadas como Estado plurinacional / confederal. Aunque nadie sepa qué himno cantar y haya que guardar, todos de pie, un minuto de silencio.

# *Sin ningún entusiasmo*

**Santos Juliá** 04/12/2005

SE SORPRENDEN algunos políticos catalanes y no pocos columnistas de la prensa de Barcelona de que la izquierda de Madrid (cariñosa sinécdoque por España) no salga a la calle ni firme manifiestos en defensa del proyecto de Estatuto de Autonomía de Cataluña. ¿Dónde están los otros?, preguntan; ¿dónde se esconden, por qué que no levantan su voz para salir al paso de la ofensiva desatada por la derecha? Curiosamente, y a pesar de lo denostada que ahora está la transición, sobre todo entre nacionalistas, esos políticos y colegas echan de menos aquellos tiempos en que la izquierda se movilizaba y los intelectuales salían a la calle para reivindicar libertad, amnistía y estatuto de autonomía.

La respuesta es muy simple: desde la primera página del preámbulo del proyecto, el atento lector se da de bruces con el rancio discurso de la nación hipostasiada. Cataluña aparece allí construyéndose a sí misma como nación desde el fondo del tiempo, afirmando su "voluntad de ser", definiendo una lengua y cultura, labrando una identidad colectiva, modelando un paisaje, acogiendo otras lenguas. Cataluña habla como un ser que trasciende la historia, que se ofrece abierta siempre a un intercambio generoso, edificando un sistema de derechos y libertades, dotándose de leyes, desarrollando un marco de convivencia solidario.

Tal vez parezca extraño a los cultivadores de tan romántico lenguaje, pero es lo cierto que los españoles hemos escuchado hasta la saciedad, desde nuestra nada tierna infancia, cosas muy parecidas, producto también de la obsesión por la identidad colectiva y la unidad cultural. Idéntico postulado de una nación eterna, idéntica exaltación de la lengua y la cultura, idéntica retórica sobre la justicia social, idéntico paraíso en la tierra mancillado por poderes espurios y extranjeros. Todo esto forma parte de las leyendas sobre el origen de la nación, de cualquier nación, adornada de los más bellos atributos, más allá de la historia: todo eso era el meollo de lo que se llamaba, en tiempos en los que todavía no habían aparecido constructores de nación pero sobaban manipuladores de conciencias, formación del espíritu nacional.

Si donde antes se decía formación del espíritu se dice ahora construcción,

todo lo que sigue es lo mismo, y ni una ni otra cosa son patrimonio de la izquierda: más bien, aquella izquierda recusó por reaccionario ese lenguaje. Que ahora se entone de Cataluña un himno a la nación similar al que hace cincuenta años oíamos cantar de España es más de lo que se puede sobrellevar sin caer en una paralizante melancolía, muy próxima al desaliento. España es una nación, se decía. Y claro que lo era: una y grande y libre. ¿Y nos tocará ahora recitar con idéntico afán Cataluña es una nación? Claro que lo es, ¿será también una y grande y libre? Viene, como España, de las profundidades del tiempo, y gozaba, como España, de sus libertades, que mano malvada le arrebató en desigual combate. Hasta las fechas se repiten: 1495, con España en la cima gracias a los Reyes Católicos; 1714, cuando España entraba en decadencia con la llegada de los Borbones.

Los autores de este preámbulo y quienes han aprobado el proyecto de Estatuto podrán pedir a los colegas de Madrid que presten atención a lo que se dice en Barcelona; lo que no pueden pedir es entusiasmo. ¿Por qué, después de leer tal exaltación nacional, tendríamos que salir a la calle, firmar manifiestos? ¿Acaso la truculencia de Aznar, la mendacidad de Acebes y la chabacanería de Pujalte obligan a tomar partido a favor del Estatuto? El viejo argumento según el cual la crítica al amigo hace siempre el juego al enemigo no es más que una gastada forma de chantaje moral e intelectual, que ha acarreado consecuencias devastadoras para la cultura política de la izquierda. Por muy feroz que sea el ataque de esta derecha nuestra, en caída libre hacia la más pura reacción, no hace mejor el lenguaje de ese Estatuto.

Para decirlo brevemente: tal como nos ha llegado, ese texto jamás debió haber sido escrito, menos aún aclamado. La exaltación nacionalista que rezuma por todos sus poros de ningún modo puede entusiasmar a quienes han construido sus identidades personales no ya al margen, sino contra los ídolos nacionales: demasiadas catástrofes se han acumulado bajo el sagrado manto de la nación. Por eso, cuando se vuelve a oír esa copla, si la cantan amigos, se le podrá, y aun deberá, prestar una cortés atención, pero que no pidan que salgamos a la calle a tocar palmas porque, la verdad, de lo que te entran ganas es de quedarte en casa y meterte en la cama a dormir.